

Anexo 1

Conceptos teóricos y desarrollo conceptual

Nota aclaratoria

Si bien los estudios sobre redes sociales no son nuevos y el tema de capital social ya es común y profuso en la literatura académica en lengua inglesa (Field, 2006: 2), el caso es algo distinto en nuestros países hispanohablantes, sobre todo en relación al concepto de capital social (Cfr. Natal y Sandoval, 2004: 3).

Así, en el entendido de que ambos enfoques comienzan a aparecer poco a poco en nuestra geografía académica pero suelen venir acompañados de un vacío contextual y su consecuente irreferencia teórica, se ha sugerido en repetidas ocasiones, a lo largo de la revisión de este trabajo recepcional, la posibilidad de poner a disposición del lector interesado un apartado explicativo sobre ello.

Con este motivo se presenta a continuación, a manera de anexo, un breve pero sintético recorrido por la historia de ambas materias y su posterior cruce, recorrido que pone un énfasis particular en entender la procedencia conceptual de la idea de capital social como una herramienta para entender la forma productiva de los procesos asociativos y relacionales de tipo social.

Sociedad, comunidad, grupo: ¿Qué marbete para qué tipo de agregación?

Como ya se ha mencionado antes, el problema que aquí se toca es en más de una forma un fenómeno con centro asociativo. Si entendemos la diáspora como un fenómeno migratorio-comunitario por excelencia, a la Internet como la red de redes y a las diásporas digitales como el cruce entre ambas, tendremos al centro un problema teórico sobre los niveles de agregación social y su forma de teorizarlos. Por esta razón se presenta, a forma de supercontexto teórico, una breve discusión sobre ello.

Vale comenzar por afirmar, tal como lo han hecho Graumann y Lendelis, que “el gran número de categorías que permiten clasificar las diferentes formas de colectividad revelan la considerable heterogeneidad de los fenómenos colectivos” (Graumann y Lendelis, 1986).

Desde aquí, si bien es imposible afirmar que el interés constructivo de las ciencias sociales se limita a adjetivos como “colectivo”, “gregario” o “masivo”, es innegable que el término *social*, tal como se usa en “ciencias sociales”, tiene más que un pie puesto en ello. Atentas a la situación, estas disciplinas han intuido que a todo nivel de agregación corresponde un plano de estructura y otro de acción, si bien el problema permanece: ¿respecto a cuál de estos criterios se debe pegar qué marbete?

Atendiendo a esta problemática, en las siguientes líneas se intenta ofrecer un breve recorrido por las lógicas desde las cuales las ciencias sociales han clasificado distintos fenómenos a los que sin más llamaremos asociativos, referentes torales al intentar volver operativos la idea de capital social y los distintos elementos de los enfoques de redes sociales.

Las generalidades asociativas y gregarias: grupo, masa y muchedumbre

Sin lugar a dudas con sus trabajos sobre las solidaridades mecánicas y orgánicas y las primeras definiciones sobre comunidad y sociedad (*Gemeinschaft / Gessellschaft*), respectivamente, Durkheim y Tönnies (Cfr. Durkheim, 1985; Tönnies, 1947) fueron los primeros teóricos sociales en intentar caracterizar la naturaleza asociativa de los colectivos humanos.

En los años siguientes a ellos la cuestión concerniente al estudio de la organización y conceptualización de los colectivos humanos experimentó una multiplicación y fragmentación teórica ingente (Graumann y Lendelis, 1986).

Por su parte, la sociología ha propuesto modelos y teorías propias tendientes a ver las relaciones sociales en los niveles tanto micro como macro, pero una parte importantísima sobre la estructura y las formas de la acción colectiva ha sido desarrollada y exportada desde la psicología social.

Si bien no existe consenso sobre cual es el objeto puntual de esta disciplina (Vargas, 2007), se puede decir que por un lado ha estado preocupada sobre cómo una serie de individuos desarrolla reacciones comunes

ante estímulos comunes (paradigma conductista) (Vargas, 2007) y en el otro, por la estructura general de los grupos (paradigma funcional) (Homans, 1955).

Cualquiera que fuere la línea dominante, lo que es innegable es que la psicología social tiene como eje el papel de los procesos individuales en los fenómenos colectivos (Moscovici, 2002).

Con este término se atiende a una categoría conceptual que implica intervenir procesos de interacción social puntual entre individuos, misma que ha sido objeto de múltiples búsquedas y reflexiones desde hace más de un siglo (v.g. Le Bon, Tarde, Moscovici). Dentro de la colectividad se pueden encontrar subagregaciones como la masa, la muchedumbre y el grupo.

Tomando en cuenta los criterios de estructura / relación se puede decir que la diferencia entre estas categorías radica en: 1) la intensidad de los vínculos entre los sujetos, 2) la naturaleza voluntaria o aleatoria de sus contactos y 3) el tiempo que los individuos estén dispuestos a mantenerlos.

Desde ahí y según Homans el grupo se puede definir como “un número de personas que se comunican a menudo durante un periodo de tiempo. [...] éste debe ser lo suficientemente reducido [...] como para que cada persona pueda mantener comunicación directa con todas las demás sin necesidad de intermediarios” (Homans, 1955:1). Por otro lado, la masa se presenta como “un grupo amorfo y heterogéneo de individuos que no se conocen entre sí, sin relación alguna más que la de coincidir en algún lugar, pero sin cercanía más que la física” (Serrano y Carbajal, 2002). Por su parte la muchedumbre sería “un grupo compacto y homogéneo con proximidad física, que responde visceralmente y por imitación perdiendo inhibición ante la presión del grupo” (Serrano y Carbajal, 2002).

Desde ahí el eje de función toma vital importancia, y en relación a ello el concepto de "rol" ha sido crucial en psicología social (aunque también en sistémica y otras formas de la psicología de grupos).

Si bien en el ámbito general de la psicología tampoco hay acuerdo respecto a su definición, un rol puede entenderse como el patrón de comportamientos esperados en un individuo respecto de su posición social, o bien, como la actuación en el presente que ofrece el sujeto en dicha posición (Thibaut y Kelley, 1959).

Por otra parte puede decirse que los roles están más o menos estructurados o pautados, “es decir, en una cultura hay ciertos roles bien definidos y hay un acuerdo bastante difundido con respecto al comportamiento esperado de sus ocupantes; por esta razón resulta útil pensar que el rol prescribe una gama de comportamientos definidos con bastante amplitud, y dentro de esta gama todo comportamiento de rol es aceptable aunque en forma decreciente a medida que se aleja de la norma” (Rommetveit, 1955).

Como ya es visible si bien no todo lo social es gregario, todo lo gregario por fuerza es social. En este sentido el enfoque de redes sociales, un nuevo paradigma a medio camino de las visiones micro (sujeto-teorías de grupos) y las visiones macro (sistemas sociales), logrará operar esta proposición, entendiendo que toda agregación humana es una red constituida por otras redes y acotando así los problemas más operativos entre los niveles micro y macro de los problemas asociativos; con esta propuesta, el nivel de observación depende del tamaño de la parte del tejido que se desee estudiar y no de la definición de un tipo de tejido en particular.

También hay que decir que la psicología social ha hecho aportes importantísimos para entender mecanismos particulares de operación en varios niveles de la asociatividad, aportando en más de un momento elementos como la Teoría de los seis pasos (Cfr. Milgram, 1967), la cual vino a ampliar de forma importante la Teoría del mundo pequeño (*Small World Theory*), de Duncan Watts, base teórica de segunda generación en el enfoque de redes sociales de la cual se habla a continuación.

Las redes como objeto

Las redes o el pensamiento en términos de redes ha sido objeto de especulación y atención en todas las áreas científicas de nuestro tiempo, generando complejísimos sistemas y modelos teóricos de explicación y aplicación.

En gran parte esto se debe al impacto que ha tenido, durante el siglo anterior y hasta a ahora, el desarrollo de las formas de pensamiento holístico y complejo en el pensamiento contemporáneo (Vg. Morin, Maturana, García, Piñuel, etc.), pero también debido al desarrollo en distintos campos y

disciplinas de vigorosas *teorías de sistemas* (v.g Wiener, Bertalanffy y posteriores) y *teorías sistémicas* (Vg. G. Bateson en psicología, M. Mead en antropología, N. Luhmann y otros más en sociología, etcétera).

Con todo, los análisis de redes surgen en las ciencias aplicadas como una herramienta teórica y metodológica que permite dimensionar los valores de una estructura cualquiera en función de sus vínculos relacionales. En este sentido, una red puede ser apreciada mediante una representación matemática o en forma de gráficos, permitiendo estudiar sus propiedades a modo de interacciones entre sus nodos (V.g. Redes neuronales) (Gil y Schmidt, 2002).

Los enfoques de análisis de redes surgen como producto directo de la teoría de redes o *dictiología*, desarrollada desde finales del siglo XIX y formalizada por los trabajos teóricos de físicos y matemáticos a lo largo del XX, entre los que se encuentran autores como Euler y Von Neumann.

Con un amplio rango de aplicación y desarrollo, los enfoques de análisis de redes se han caracterizado por su continuo tránsito disciplinar, siendo a veces imposible determinar si tal o cual desarrollo teórico pertenece a tal o cual campo de estudio.

Los enfoques de redes sociales

En un momento histórico dado, aquel va ente la teoría social clásica y el surgimiento de los paradigmas funcionales y estructuralistas, surge la idea de Redes Sociales. Ahí cuando Nadel (1975: 12) extiende el concepto de estructura social, para algunos comienzan a resultar atractivas las viejas metáforas de la organización social como una red, introducidas por antropólogos y sociólogos fundadores como Radcliffe-Brown, Park o el mismo Simmel.

Entonces científicos sociales como Barnes y Mitchell, desde la antropología, psicólogos sociales como Moreno (desde la sociometría)²³, o Bott en antropopsicología, comienzan a desarrollar un nuevo paradigma teórico y empírico en esta línea.

²³ A raíz de la técnica del psicodrama J. Moreno desarrolla las bases de la sociometría, primer enfoque formal de redes sociales.

En relación a las redes sociales se puede decir que se habla, en el sentido operativo, de al menos dos cosas: un enfoque general y una metodología particular. En el sentido estricto, el enfoque puede ser nombrado como *Enfoque de Redes Sociales*, y la metodología como *Análisis de Redes Sociales* o *Análisis Estructural de Redes Sociales*.

En el nivel mayor, el de los enfoques, el de redes sociales se caracteriza por desplazar el interés, en términos de estructura social, de los sujetos en sí mismos a sus relaciones, es decir, a los vínculos, a la relación y la forma de las interacciones entre ellos. Justamente por esta condición el análisis de redes sociales ha venido a erigirse en el principal antagonista de teorías o enfoques orgánicas como la Teoría de Roles, aunque paralelo a ciertos enfoques normativos, tales como el de las Comunidades de Sentido (Berger y Luckmann, 1997).

Al entender los grupos humanos como conjuntos de redes (nodos unidos por interacciones), el *enfoque de análisis de redes sociales* permite “determinar la presencia de grupos utilizando diversos modelos en su aspecto relacional [...] y, tomando en cuenta que hay muchos factores sistémicos que determinan las relaciones sociales, este tipo de análisis nos permite asumir como válido un enfoque complementario que vea a las relaciones entre actores, sean éstos individuos o instituciones, como determinantes de las relaciones” (Gil y Schmidt, 2002).

Así, a partir de este enfoque general de redes, las ciencias sociales han ido apropiando la teoría y las aplicaciones metodológicas pertinentes al estudio de redes sociales (V.g. patrones comerciales, relaciones políticas entre países, sistemas de parentesco, etc.), donde se han hecho importantes cruces entre las lecturas cualitativas y las primordialmente cuantitativas que permean este enfoque (Cfr. Wellman, 2001).

Desde ahí y si bien las distintas fuentes no coinciden en todo al ubicar los orígenes puntuales de estas aplicaciones en ciencias sociales (Gil y Schmidt, 2002), la mayoría de ellas concuerdan en apuntar hacia 1934, con la sociometría desarrollada por Jacobo L. Moreno, creador del psicodrama, y la publicación de su libro *Who shall survive?* (Gil y Schmidt, 2002); por otro lado, Linton Freeman (1996) señala como pioneros los trabajos de J.C. Almack sobre

ciertas redes de apoyo entre socios mientras que otros más señalan a J.A. Barnes y Elizabeth Bott a principios de los años 50 (GNU, 2007).

En gran parte, los enfoques de análisis de redes sociales han crecido e incrementado su importancia por detentarse como innovadores y generadores de conocimiento de frontera a través de su amplia aplicación interdisciplinaria y metodológica. En palabras de Gil y Schmidt (2002) “el análisis de redes ha facilitado la integración de distintos campos [...] porque en lugar de utilizar, como se hizo con la estadística, instrumentos de validación hipotética, con el análisis de redes se formula la hipótesis de forma interdisciplinaria, lo que de entrada eleva la investigación a una nueva dimensión”.

De entre los más importantes modelos teóricos sobre redes sociales que circulan en la interdisciplina, aunque formuladas principalmente por físicos y/o matemáticos, se encuentra aquél del fenómeno del mundo pequeño (*Small World Network*), desarrollado por Duncan Watts y Steven Strongatz con base en los famosos trabajos empíricos de Stanley Milgram sobre el concepto de los 6 grados de separación (*Six degrees experiment*) y el de las redes no escalares de Albert – László Barabási.

Estos autores en conjunto con muchos otros han propuesto, desde una lectura sociológica y en términos generales (Buchanan, 2002), dar “una descripción sobre la red de conexiones interpersonales que ligan a los individuos en una comunidad.” (Da Costa, 2004).

Capital social: las divergencias en su concepción

El capital social según Bourdieu

Sin lugar a dudas, se puede afirmar que el concepto de capital social pertenece a dos tradiciones distintas: una a la que llamaremos norteamericana (Putnam y Coleman aunque también Ostrom, Wellman y Lin) y otra francesa, correspondiendo a Bourdieu su defensa.

Para todo aquél familiarizado con el pensamiento de Bourdieu no suena raro oírlo hablar en términos de capital. A lo largo del desarrollo de su ingente obra sociológica Bourdieu desarrolló los famosos conceptos de capital económico, simbólico y cultural, mismos que en mayor o menor medida se

encuentran ligados o estructuran otros conceptos seminales tales como los de *habitus* o violencia simbólica.

Es importante mencionar que para muchos autores la aportación de Bourdieu en la teoría del capital social es nulo o muy marginal, entre otras cosas porque no la desarrolló de manera formal ni marcó sus posibles aplicaciones, pero también porque él mismo la minimizó por considerarla apenas una parte de un sistema mayor y más importante de pensamiento, como la teoría de los campos y el *habitus*.

Por otro lado esta marginación puede deberse a un evento puntual: probablemente, como el mismo Bourdieu declaró en alguna ocasión, podía deberse al efecto del mercado “extremadamente protegido de la sociología norteamericana” (Ramírez, 2005:22). Como ya es visible en esta declaración, la reevaluación del concepto, aunque el mismo autor no lo tomó en cuenta durante largo tiempo, fue importante para él un momento particular de su vida, justamente al final de su creación intelectual.

Antes de puntualizar en algunos aspectos de su aportación, es necesario agregar que el concepto de capital social es para Bourdieu, al igual que todos los constructos desarrollados en su obra, “un mecanismo de diferenciación social y reproducción de clase” (Ramírez, 2005; 22).

Él lo define como “los recursos que pueden reunirse por procuración o a través de las redes de relaciones más o menos numerosas y ricas” (Ramírez, 2005: 25).

Una pregunta detrás de la creación del término es ¿por qué ciertos actores en igualdad de circunstancias culturales y sociales logran movilizar más recursos que otros? (Ostrom, 2003: 156) A lo que la respuesta es: por la forma en que conectan con sus redes.

Preguntas como éstas, en relación a las economías sanas y enfermas o las tradiciones democráticas diferenciadas también han sido formuladas por Putnam y Fukuyama, entre otros (Ostrom, 2003: 155 y 156).

Al igual que Coleman, Bourdieu centró su interés en los intercambios, poniendo al centro la importancia de la *institucionalización* en el proceso, ya que esto es una forma potente de entender, crear, reproducir y legitimar el poder. Justamente, esta dimensión es la que hace más pertinente, frente a los otros dos autores, el concepto creado por este autor.

Para él, las condiciones básicas de existencia de cualquier tipo de capital social se reducen a: 1) la pertenencia a un grupo (red social); 2) las condiciones en las que se dan los intercambios y 3) la posesión de límites relativamente precisos en los que se agrupan y por los cuales se distinguen los actores en la red. En este último punto es visible la imbricación conceptual de su idea de capital simbólico con el de capital social, entendiendo que para Bourdieu el primero se define como “un capital que sólo existe bajo la condición de que el otro lo reconozca como tal” (Bourdieu, 2001: 32).

El valor del concepto en Bourdieu, si bien no fue tan desarrollado en relación a sus otros pares, radica en entender que los sujetos construyen particulares formas de poder al acceder a ciertos tipo de relaciones, y que este capital, un capital particularmente institucionalizado, es capaz de ser mantenido y reproducido con fines de dominación.

El capital social según Coleman

Antes que nada, es necesario reconocer que la obra de Coleman fue un edificio teórico enorme, tratando temas que iban desde los fundamentos matemáticos de la sociología empírica (Coleman, 1973) hasta tratados enteros sobre la sociología de la acción colectiva (Coleman, 1994), dentro de las cuales la teoría del capital social solo fue un pequeño apartado, un mecanismo conceptual entre otros de su producción intelectual. Éste, en más de un sentido, ha sido un mecanismo que sirve como conciliación teórica entre los niveles micro y macro (Coleman, 1994: 21), una constante casi obsesiva a lo largo de su vida académica.

Así, en aquél camino que va entre los sociologismos y los economismos, se encuentra el capital social, pues según Coleman “permite dar cuenta de diferentes resultados en el plano del actor individual, y a la vez, hacer transiciones micro-macro sin tener que describir los detalles de la estructura a través de la cual ocurre” (Ramírez, 2005; 26). Este hecho, sin lugar a dudas, fue un innegable factor de especulación entre distintos ámbitos de las ciencias sociales, y contribuyó a que, una vez que el término se había extendido por medio de la obra de Putnam, se buscara el origen de su eco.

Por otro lado mientras para Putnam el capital social tiene su origen primitivo en los vínculos de confianza, para Coleman éste radica principalmente en el peso de los intercambios. En este sentido Coleman está muy cerca de intuiciones decimonónicas de Mauss (1954) y algunos antropólogos del desarrollo posteriores, como Firth y Lewis, sin olvidar que él mismo se describe como un teórico cercano a la teoría psicológica de grupos (Coleman, 1994; 3)

Desde ahí, el capital social para Coleman se circunscribe a 6 mecanismos que fue desarrollando en paralelo, que son:

- 7) Las obligaciones y expectativas
- 8) El potencial de información
- 9) Las normas y sanciones efectivas
- 10) Las relaciones de autoridad
- 11) Las organizaciones sociales apropiables para otros fines
- 12) Las organizaciones intencionales

Esto a su vez implica que el capital social peligre por 3 causas:

- 4) Falta de condiciones de cierre (o en otras palabras “poca densidad de red”)
- 5) La movilidad social o geográfica de los sujetos
- 6) La falta de mantenimiento (Expectativas obligaciones, etc.)
- 7) Todo aquello que vuelva a los individuos menos dependientes los unos de los otros (Coleman, 1994: 310-113).

Sintetizando, para Coleman el capital social es productivo sólo en la medida que posibilita el logro de ciertos fines que serían inalcanzables en su ausencia, y que se presenta tanto en el plano individual como colectivo (Coleman, 1994: 302).

El capital social según Putnam

Tal como se ha dicho con anterioridad el concepto de capital social, si bien ha sido acuñado indiscutiblemente por Coleman, fue Putnam sin duda quien se encargó de llevarlo a sus últimas consecuencias.

Aunque suele ser común creer que Putnam sencillamente incorporó nuevos elementos al concepto de Coleman, esto es en gran parte falso. En más de un sentido este autor reinventó el concepto, valiéndose de su primitivo

y valioso utillaje y revistiéndolo de una mayor potencia y alcance teórico (Durstun, 2000).

Es necesario decir que a diferencia de Bourdieu y Coleman, Putnam enfoca su atención en entender el capital social como producto de las relaciones de confianza entre los sujetos, frente a las anteriores concepciones que tienen su eje en la institucionalidad y las características mismas del intercambio. Esta percepción permea y modela todo el constructo trabajado por Putnam.

Parte de la transformación que este autor llevó a cabo a partir del concepto postulado por Coleman implica una categorización instrumental del concepto, generando con esto formas más relevantes y/o pertinentes de operar su contenido teórico. Así, pasa a clasificar el capital social en 4 oposiciones ya clásicas, a saber:

- 5) Formal – Informal
 - 6) Denso – Tenue
 - 7) Vuelto hacia dentro – Vuelto hacia fuera
 - 8) Vinculante – Puenteante
- (Cfr. Ramírez, 2005; 31).

Tras esta clasificación Putnam sistematizó 4 dimensiones importantes del capital social, dos de ellas referentes a la forma en que se organiza y otras dos en relación a la orientación que puede adquirir (Millán y Gordon, 2004: 727).

La primera dimensión se concentra en debatir si el capital social se presenta como una entidad formal o informal, concluyendo que, si bien ambas son formas potenciales de creación de capital social, las informales tienden más a instrumentarse de manera social (Millán y Gordon, 2004; 727). En este sentido es coincidente con las ya clásicas y anteriores concepciones propuestas por Granovetter.

La segunda dimensión se centra en la frecuencia de los contactos. Según Putnam y siguiendo de cerca a éste último, los *lazos débiles* generan la posibilidad de extender los vínculos personales a otras redes sociales, lo cual los vuelve sumamente importantes en el proceso de socialización e intercambio de recursos sociales.

En el tercer debate acerca de si el capital social es interno o externo, es decir, si este capital es de uso público o privado. Al respecto afirma que ciertas formas se orientan hacia el interior, promoviendo intereses particulares de sus miembros, mientras que otras se vuelcan hacia la cosa pública, reforzando los lazos de unión entre redes más amplias y externas y tendiendo a beneficiar a los que de manera abierta no siempre o casi nunca participan. Desde aquí el capital social, tanto interno como externo, siempre es útil, según la intencionalidad de quien o quienes lo operan.

En la cuarta se detiene a aclarar que la rentabilidad de las relaciones sociales en una red no pueden evadir los efectos públicos o externos del capital individual (Millán y Gordon, 2004; 728).

Como conclusión cabe decir que lo aquí reseñado es apenas una incipiente revisión general de lo hecho por Putnam. La obra es gigante y constantemente se va reformulando, a la vez que sus seguidores y detractores reformulan o desdoblan su propuesta. Probablemente en un corto plazo veamos cómo este mapa cambia radicalmente, aunque de manera innegable este autor ha sentado ya las bases para una corriente y objeto que tiene mucho más que dar.

Granovetter: la fuerza de los vínculos

Si bien varios autores que han trabajado de manera alterna el concepto de capital social podrían tener un espacio grande en este apartado (tales como Lin, Adler-Lomnitz, Loury o Portes), por causas de espacio han quedado por ahora fuera, pero entonces ¿Por qué dedicarle uno así a Granovetter? La respuesta es sencilla: a él se debe en gran parte, aunque no haya dejado escuela, la importante colaboración y entrecruzamiento entre los estudios sobre redes sociales y la idea de capital social. En más de un sentido, Granovetter, estudioso de las redes económicas, intuyó que los enfoques de redes sociales trabajan a partir de estructuras relacionales de intercambios productivos, y que el capital social (aunque no le llamó así ni lo desarrolló posteriormente sino que tipificó algunas de sus funciones en su concepto de *lazos fuertes y débiles*) es una forma particular de entender *un determinado* tipo de estas relaciones.

En 1973 Mark Granovetter, sociólogo de buena reputación pero sin demasiada fama, publica en el *American Journal of Sociology* *The strength of weak ties* (la fuerza de los lazos débiles). El artículo se convirtió en un clásico instantáneo.

El concepto acuñado por Mark Granovetter (*Weak ties, Strong ties*) ha servido como un importante portón de entrada, a diversos estudiosos sociales, a cuestiones emparentadas con las estructuras de socialización y la producción de recursos sociales.

Según lo plantea Granovetter en su seminal y famoso ensayo (1973), los lazos débiles pueden ser comprendidos como una combinación de cercanía social, voluntad, multiplejidad (relación de múltiples roles) y contactos frecuentes; por otro lado los lazos fuertes están representados por aquellas relaciones a las que solemos denominar como cercanas (tales como las relaciones de parentesco o los vínculos de amistad íntima).

Según la tesis de Granovetter los lazos fuertes son menos importantes que los lazos débiles para sostener la acción colectiva, es decir, no son fuentes primarias de capital social en el sentido en que lo entendía Bourdieu. Las redes densas pero segregadas sustentan la cooperación al interior de cada grupo, pero los lazos que atraviesan los clivajes sociales nutren la cooperación más amplia (Durstun, 2000).

Como ya se ha mencionado antes, la idea de capital social está vinculada a muchos otros conceptos anteriormente instrumentados, y esta prefiguración no era algo nuevo para los estudiosos de redes sociales. Con todo, el concepto de Granovetter, si bien no generó una escuela de pensamiento (Millán y Gordon, 2004), sí vino a explicar en su momento una compleja serie de mecanismos sociales (mismos que hacían falta en tanto variables instrumentables) para comprender a derechas el funcionamiento de determinadas redes sociales, tendiendo los puentes entre los análisis de red social y el posterior andamiaje teórico propuesto por la teoría del capital social.